

Retratos.

## I

Don Gil, don Juan, don Lope, don Carlos,  
don Rodrigo,  
¿cuya es esta cabeza soberbia? ¿Esa faz fuerte?  
¿Esos ojos de jaspe? ¿Esa barba de trigo?  
Este fué un caballero que persiguió a la Muerte.

Cien veces hizo cosas tan sonoras y grandes  
que de águilas poblaron el campo de su escudo;  
y ante su rudo tercio de América o de Flandes  
quedó el asombro ciego, quedó el espanto mudo.

La coraza revela fina labor; la espada  
tiene la cruz que erige sobre su tumba el miedo;  
y bajo el puño firme que da su luz dorada  
se afianza el rayo sólido del yunque de Toledo.

Tiene labios de Borgia, sangrientos labios, dignos  
de exquisitas calumnias, de rezar oraciones  
y de decir blasfemias: rojos labios malignos  
florecidos de anécdotas en cien Decamerones.

Y con todo, este hidalgo de un tiempo indefinido,  
fué el abad solitario de un ignoto convento,  
y dedicó en la muerte sus hechos «¡AL OLVIDO!»,  
y el grito de su vida luciferina «¡AL VIENTO!»

## II

En la forma cordial de la boca, la fresa  
solemniza su púrpura; y en el sutil dibujo  
del óvalo del rostro de la blanca abadesa,  
la pura frente es ángel y el ojo negro es brujo.

El marfil monacal de esa faz misteriosa  
brota una dulce luz de un resplandor interno,  
que enciende en las mejillas una celeste rosa  
en que su pincelada fatal puso el Infierno.

¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María!  
 La mágica mirada y el continente regio,  
 ¿no hicieron en un alma pecaminosa un día  
 brotar el encendido clavel del sacrilegio?

Y parece que el hondo mirar cosas dijera,  
 especiosas y unguidas de miel y de veneno.  
 (Sor María murió condenada a la hoguera:  
 dos abejas volaron de las rosas del seno.)

#### LA CANCIÓN DE LOS PINOS

¡Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,  
 yo os amo! Sois dulces, sois buenos, sois graves.  
 Diríase un árbol que piensa y que siente,  
 mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestras frentes la alada sandalia;  
 habéis sido mástil, proscenio, curul,  
 ¡oh pinos solares, oh pinos de Italia!,  
 bañados de gracia, de gloria, de azul.

Sombrios, sin oro de sol, taciturnos,  
 en medio de brumas glaciales y en  
 montañas de ensueño, ¡oh pinos nocturnos,  
 oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,  
 tendiendo a la dulce caricia del mar,  
 ¡oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,  
 oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos  
 la Isla Dorada me ha dado un rincón  
 do soñar mis sueños, encontré los pinos,  
 los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos;  
 por su aroma, aroma de una inmensa flor;  
 por su aire de monjes, sus largos cabellos,  
 sus savias, ruidos y nidos de amor.

¡Oh pinos antiguos que agitara el viento  
 de las epopeyas, amados del sol!  
 ¡Oh líricos pinos del Renacimiento  
 y de los jardines del suelo español!

Los brazos eolios se mueven al paso  
 del aire violento que forma al pasar  
 ruidos de pluma, ruidos de raso,  
 ruidos de agua y espuma de mar.

¡Oh noche en que traje tu mano, Destino,  
 aquella amargura que aún hoy es dolor!  
 La luna argentaba lo negro de un pino,  
 y fui consolado por un rui señor.

Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?  
 Aquel que no sienta ni amor ni dolor,  
 aquel que no sepa de beso y de cántico,  
 que se ahorque de un pino; será lo mejor...

Yo, no. Yo persisto. Pretéritas normas  
confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.  
¡Yo soy el amante de ensueños y formas  
que viene de lejos y va al porvenir!

ERA UN AIRE SUAVE...

Era un aire suave, de pausados giros;  
el hada Armonía rimaba sus vuelos;  
e iban frases vagas y tenues suspiros  
entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto a los ramajes,  
diríase un trémolo de liras eolias  
cuando acariciaban los sedosos trajes  
sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La Marquesa Eulalia risas y desvíos  
 daba a un tiempo mismo para dos rivales,  
 el vizconde rubio de los desafíos  
 y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña  
 reía en su máscara término barbudo  
 y, como un efebo que fuese una niña,  
 mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra,  
 sobre rico zócalo al modo de Jonia,  
 con un candelabro prendido en la diestra  
 volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas;  
 un coro de sonos alados se oía;  
 galantes pavanas fugaces gavotas  
 cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros  
 ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia,  
 pues son su tesoro las flechas de Eros,  
 el ciento de Cipria, la rueca de Onfalia.

Ay de quien sus mieles y frases recoja!  
 ¡Ay de quien del canto de su amor se fie!  
 Con sus ojos lindos y su boca roja,  
 la divina Eulalia, ríe, ríe, ríe!

Tiene azules ojos, es maligna y bella...!  
 Cuando mira vierte viva luz extraña;  
 se asoma a sus húmedas pupilas de estrella  
 el alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes  
 ostenta su gloria de triunfos mundanos.  
 La divina Eulalia, vestida de encajes,  
 una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado armónico de su risa fina,  
a la alegre música de un pájaro iguala,  
con los staccati de una bailarina  
y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala  
bajo el ala a veces ocultando el pico;  
que desdenes rudos lanza bajo el ala,  
bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando a media noche sus notas arranque  
y en arpegios áureos gima Filomela  
y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque  
como blanca góndola imprima su estela,

la Marquesa alegre llegará al boscaje,  
boscaje que cubre la amable glorieta  
donde han de estrecharla los brazos de un paje,  
que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia,  
que en la brisa errante la orquesta deslie,  
junto a los rivales la divina Eulalia,  
la divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,  
sol con corte de astros, en campos de azur?  
¿Cuándo los alcázares llenó de fragancia  
la regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía  
con dedos de ninfa, bailando el minué,  
y de los compases el ritmo seguía  
sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastores de floridos valles  
ornaban con cintas sus albos corderos,  
y oían, divinas Tirsis de Versalles,  
las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,  
de amantes princesas y tiernos galanes,  
cuando entre sonrisas y perlas y flores  
iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte o en el Mediodía?  
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,  
pero sé que Eulalia ríe todavía  
¡y es cruel y eterna su risa de oro!

### DIVAGACIÓN

¿Vienes? Me llega aquí, pues que suspiras  
un soplo de las mágicas fragancias  
que hicieran los delirios de las liras  
en las Grecias, las Romas y las Francias.

¡Suspira así! Revuelven las abejas,  
al olor de la olímpica ambrosía  
en los perfumes que en el aire dejas,  
y el dios de piedra se despierte y ría,

y el dios de piedra se despierte y cante  
la gloria de los tirso florecientes  
en el gesto ritual de la bacante  
de rojos labios y nevados dientes;

en el gesto ritual que en las hermosas  
Ninfalias guía a la divina hoguera,  
hoguera que hace llamear las rosas  
en las manchadas pieles de pantera.

Y pues amas reír, ríe, y la brisa  
lleve el son de los líricos cristales  
de tu reír y haga temblar la risa  
la barba de los Términos joviales.

Mira hacia el lado del bosque, mira  
blanquear el muslo de marfil de Diana,  
y después de la Virgen, la Hetaira  
diosa, su blanca, rosa y rubia hermana.

Pasa en busca de Adonis; sus aromas  
deleitan a las rosas y los nardos;  
síguela una pareja de palomas  
y hay tras ella una fuga de leopardos.

¿Te gusta amar en griego? Yo las fiestas  
galantes busco, en donde se recuerde  
al suave son de rítmicas orquestas  
la tierra de la luz y el mirto verde.

(Los abates refieren aventuras  
a las rubias marquesas. Soñolientos  
filósofos defienden las ternuras  
del amor, con sutiles argumentos,

mientras que surge de la verde grama,  
en la mano el acanto de Corinto,  
una ninfa, a quien puso un epigrama  
Beaumarchais, sobre el mármol de su plinto.

Amo más que la Grecia de los griegos  
la Grecia de la Francia, porque en Francia  
al eco de las Risas y los Juegos  
su más dulce licor Venus escancia.

Demuestran más encantos y perfidias  
coronadas de flores y desnudas  
las diosas de Clodión, que las de Fidias.  
Unas cantan francés, otras son mudas.

Verlaine es más que Sócrates; y Arsenio  
Houssaye supera al viejo Anacreonte.  
En París reinan el Amor y el Genio:  
Ha perdido su imperio el dios bifronte.

Monsieur Prudhomme y Homais no saben nada.  
Hay Chipres, Pafos, Tempes y Amatuntas,  
donde al amor de mi madrina, un hada,  
tus frescos labios a los míos juntas.)

Sones de bandolín. El rojo vino  
conduce un paje rojo. ¿Amas los sonos  
del bandolín, y un amor florentino?  
Serás la reina en los decamerones.

(Un coro de poetas y pintores  
cuenta historias picantes. Con maligna  
sonrisa alegre aprueban los señores.  
Clelia enrojece. Una dueña se signa.)

¿O un amor alemán?—que no han sentido  
jamás los alemanes—: la celeste  
Gretchen; claro de luna; el aria; el nido  
del ruiseñor; y en una roca agreste,

la luz de nieve que del cielo llega  
y baña a una hermosura que suspira  
la queja vaga que a la noche entrega  
Loreley en la lengua de la lira.

Y sobre el agua azul el caballero  
Lohengrin; y su cisne, cual si fuese  
un cincelado témpano viajero  
con su cuello enarcado en forma de ese.

Y del divino Enrique Heine un canto  
a la orilla del Rhin; y del divino  
Wolfgang la larga cabellera, el manto;  
y de la uva teutona el blanco vino.

O amor lleno de sol, amor de España,  
amor lleno de púrpuras y oros;  
amor que da el clavel, la flor extraña  
regada con la sangre de los toros;

flor de gitanas, flor que amor recela,  
amor de sangre y luz, pasiones locas;  
Flor que trasciende a clavo y a canela,  
roja cual las heridas y las bocas.

¿Los amores exóticos acaso...?  
Como rosa de Oriente me fascinas:  
me deleitan la seda, el oro, el raso.  
Gautier adoraba a las princesas chinas.

¡Oh bello amor de mil genuflexiones;  
torres de kaolín, pies imposibles,  
tazas de te, tortugas y dragones,  
y verdes arrozales apacibles!

Amame en chino, en el sonoro chino  
de Li-Tai-Pe. Yo igualaré a los sabios  
poetas que interpretan el Destino;  
madrigalizaré junto a tus labios.

Diré que eres más bella que la Luna;  
que el tesoro del cielo es menos rico  
que el tesoro que vela la importuna  
caricia de marfil de tu abanico.

Amame japonesa, japonesa  
antigua, que no sepa de naciones  
occidentales: tal una princesa  
con las pupilas llenas de visiones,

que aun ignorase en la sagrada Kioto,  
en su labrado camarín de plata,  
ornado al par de crisantemo y loto,  
la civilización de Yamagata.

O con amor hindú, que alza sus llamas  
en la visión suprema de los mitos  
y hace temblar en misteriosas bramas  
la iniciación de los sagrados ritos,

en tanto mueven tigres y panteras  
sus hierros, y en los fuertes elefantes  
sueñan con ideales bayaderas  
los rajahs, constelados de brillantes.

O negra, negra como la que canta  
en su Jerusalén el rey hermoso,  
negra que haga brotar bajo su planta  
la rosa y la cicuta del reposo...

Amor, en fin, que todo diga y cante;  
amor que encante y deje sorprendida  
a la serpiente de ojos de diamante  
que está enroscada al árbol de la vida.

Amame así, fatal, cosmopolita,  
universal, inmensa, única, sola  
y todas; misteriosa y erudita:  
ámame, mar y nube, espuma y ola.

Sé mi reina de Saba, mi tesoro;  
descansa en mis palacios solitarios.  
Duerme. Yo encenderé los incensarios.  
Y junto a mi unicornio cuerno de oro,  
tendrán rosas y miel tus dromedarios.